

Picasso ante el toreo

JUAN ANTONIO
GAYA ÑUÑO

Pablo Picasso es el artista jnás consagrado en cuerpo y alma al toro —animal, al toro— mito, al torero en todas sus posibilidades de oficiante ritual, de profesional del valor, de danzarín ante la muerte, de eterno acróbata de la Fiesta. Pablo Picasso quien acuñó la expresión más feliz para sustantivizar el traje de luces, al hablar del torero «vestido de jardín». Pablo Picasso, con más constancia que ninguno de sus colegas del pasado, se ha pasado la vida acechando y estudiando la lucha mortal entre el toro y el torero.

El no ha toreado nunca, a diferencia de Goya y de Zuloaga; se ha limitado a ser espectador, pero espectador máximo. Picasso disfrazaba de torero a su niño Paulo. Nacido en Málaga, ciudad con plaza de abolengo, comenzó a gustar de las corridas desde niño, y ya no le abandonó la aficción. Picasso siempre se presentaba en la más delicada sociedad londinense vistiendo pantalón negro y chaquetilla de lidiador. Picasso pasó muchos años sin ver una buena corrida hasta que en su viaje a España, en 1934, vuelve a presenciarlas, con lo que surgen atroces tauromaquias de toros rabiosos y caballos de sufrimiento casi humano. Y pasan más años, y Picasso, que no se ha perdido casi ninguna corrida en las plazas del «midi» francés, presencia alguna tarde de domingo una que le maravilla. Es entonces cuando recuerda un encargo datando nada menos que de 1925, la reedición, ilustrada por él, de la «tauromaquia» de Pepe Hillo. Nerviosamente volvió a casa y grabó al aguatinta las veintiséis láminas que había olvidado hacer durante treinta y cinco años. La preciosa edición, que constaba de sólo 260 ejemplares —y sin posibilidad de ser reeditada, ya que se rayaron las planchas después de la tirada— apareció en la editorial Gustavo Gilí de Barcelona, en 1959. Y es obligatorio el cotejo con la serie tauromáquica de Goya, tanto por la soberbia técnica de grabador como por el conocimiento de la materia traída a grafismo. El Pablo Picasso ilustrador de Pepe Hillo no es, de ningún modo, el feroz constructor de monstruos en que le han convertido sus adversarios. Por el contrario, estas hermosas aguatinas reproducen todos de inmensa y sublimada entereza, más ciertos que los de Goya. Los toreros, a veces reducidos a una silueta sintetizadora de todo un garbo, mantienen íntegra, integérrima, la gracia de su faena. El ruedo es una circular claridad, y los tendidos se llenan de manchitas múltiples, las de los espectadores. Y, en fin, es honor para la fiesta ritual y solar de la tauromaquia que un gran pintor español, a la vuelta de siglo y medio, haya repetido la faena de otro glorioso colega. Ello significa que el tema taurino, imperecedero en nuestro arte, es capaz de llegar a las inspiraciones y a los estilos más varios y encontrados, sin encerrarse en ninguna postura estética, sino abriéndose a todas.

